

Las horas que me debes

Como una guitarra de formas sinuosas
vas rasgando con arpegios
las horas que me debes,
mientras las candongas del aire se llevan
las mil tiritas
de los poros de la piel
que a diario me transitas.

Te derrites asqueando mi piel,
arremetiéndome tus maldades,
desollándome del miedo que me invade
y del vómito que al segundo siembro
con tu bilis derramada por el suelo.

Me ordenas que lo limpie
levantándome la voz,
mientras mis columnas jónicas
se tambalean de miedo y de sudor
(si acaso hasta metiras del pelo).

Mis ojos enrojecidos
siguen llorando ocultos

por el temblor,
y sujeto la puerta
mientras vigilo la mirilla.

Hace tiempo que la luna me abandonó a tu suerte
y ésta no parece desearme viva.